

*Agustin Bustos*

# Soledades



Panacea Ediciones

Colección *Meteoros*

Editor: Gustavo Prieto

Diseño: Marina Abraham

© Agustín Bustos, 2010

© Panacea Ediciones, 2010

e-mail: [info@panaceaediciones.com.ar](mailto:info@panaceaediciones.com.ar)

<http://panaceaediciones.com.ar>

N° de serie: 10-002-A02

Todos los derechos reservados. Se autoriza la reproducción parcial y total de la obra para fines no comerciales, citando al autor.

Versión electrónica realizada para la difusión del libro en internet

*Alles Nahe werde fern*

J. W. GOETHE



En las sombras de un jardín  
el hombre

Se acerca  
templando la calma  
del vasto diluvio

Vendrá en la tarde la fresca caricia  
como otro mundo  
herido al amor se muestra  
pues sus gestos indisolubles  
abren la flor del día



El camino suntuoso por el que degustaba acerbo el pan  
y los manantiales centelleaban arriba y abajo del firme prado  
abrieron al unísono un hueco en sus vientres  
crepitando las hojas  
el cálido reverberar de las luminarias  
juego que pudo no ser más un presagio

La serpiente bebe del pozo  
y sus escamas se tornan un blanquecino aletear  
entre cavidades áureas  
donde aturdido el sol reposa  
juego que pudo no ser más un presagio

Ahora que la vid ha ofrecido sus frutos, y el néctar de los panales  
esparce su rostro nacarado al naciente viajero, la frescura de los barrios  
embebe dulcemente. Las bestias acuden al llamado, también los  
juglares. Un grito uniforme sobre el cetrino muro, la gente se acerca a  
observar la danza



Infancia, juventud e inocencia que baña las almas puras y de ellas se nutre, se expande hasta elevar al firmamento su luz que enmudecido su mundo contempla

Eso es tiempo  
giros en derredor  
de un centro  
al que volver al fin  
sin más ataduras  
que la piel  
y en su cofradía corear al dios muerto, aquel que encendió candiles apenas regado el tiempo de las beldades

¿Puede figurarse en sueños y caer desnudo bajo el manto pálido de la realidad, acaso más ficticia e ilusoria?

Quizás elevar la carne a aire, o lágrimas a deseo, encarnación que limitó las almas  
ser  
in-vi-si-bles  
o desear serlo  
saber que el encanto de las flores se ha perdido para siempre, en torrentes los señores embeben sus restos que con fina ironía calan nuestro devenir  
esos esbozos son nuestros signos, nuestra vida y nuestra muerte, de ellos pende la historia, la ciencia, los infinitos teoremas y anagramas. Renaciendo en forma de estigma sobre nuestras espaldas, el peso de generaciones

y acallado en las costas  
el hombre  
deambula trémulo, como cegado por la luz solar, en busca de reparo  
el bien y el mal

La virtud ha perecido frente a la imprudencia del hombre

Toda la molición de las sombras  
se asemeja a un deseo, a un recuerdo  
algo acunado  
que vibra

Ahora que sombras han caído al tiempo  
las naderías vacías que hubieron perpetuado el dolor  
podrán redimirse de los juegos

Sabiendo que si lloró  
y sus huesos fríos dejaron marcada su ausencia  
la espera no sea más que una sombra



Restos de la fiesta como una ceremonia  
amenicen la copa de agua negra que fluye en la plaza  
no siempre ha estado vedado el candor  
por quien ha olvidado su nombre  
¿adónde se dirigen las aves por la noche?  
he querido acariciar al monje que ronda el cielo de las catedrales  
augurando su pérdida rabia como algo etéreo  
sombras de sombras  
de un espejo  
cabello trenzado que roza la vela

Yo me pregunto ¿adónde se dirigen los peces?  
o si les importa  
sal o azúcar  
desprender las ropas que tiran mortajas al aire  
y vuelven rosas  
y con ellas un clavel  
pero no hay aves  
porque el agua las oculta  
quizás esperen el alba



La flor se abre dulcemente  
por besos que han sido un principio  
indeciso aunque miradas acechen  
sin ojos no hay corazón  
no es piel si no cede  
no es tiempo si no corre  
no es recuerdo si no duele

Entonces vendrá errante  
la vieja solterona cuando repose  
si es de noche y llueve  
llegar del alba  
antes que despunte  
latir los valles que la sequía adorna  
pues es más allá  
algún sitio  
de donde surge  
que la niña dejó su vestido



La caridad asemeja a rocas negras  
bendijo al desdichado llamando al invierno  
de la acera recostado en calma  
dicha que oye más allá de la arboleda  
sobre nubes de níquel  
el firmamento se extiende  
y fuma su halo  
pues le han brindado su gracia  
ahora que amanece  
mientras en su mano consume la cera



La aurora se deleita tras el mar, o ausente de sus quimeras  
si caen lirios es porque sufrió  
si al recorrerla ve la esfera que rasga su vientre  
pues bebe el oro de sus ríos  
aunque se coloquen ajenos, sin miembros  
no es más que ceder a un impulso  
adormecido se contrae  
donde la bruma hiere  
ahí la ciudad es un alma  
si caen hojas de los barcos que zarpan



Al despertar  
una ausencia  
corre de miedo  
tanto que aleja  
sin embargo sobreviene la calma



He conjurado fantasías  
para enseñar sobre mi cuerpo  
todo es mi cuerpo  
oscuro gesto de la espera  
llanto de hebras negras

¿Y si fuera un mar el que brota de mis ojos?  
¿y si no pudiera tomar el tren que conduce lejos, muy lejos?

El áureo violín  
disimula las horas perdidas  
o un sueño que nos escribe  
lo cierto es que mil palabras  
no hacen la noche  
aunque el humo vuelva nítidos los versos  
no hay lengua que resista



Partir o esperar  
o caer al olvido  
cambiar de plano  
darle aroma al gesto

Yo creo en la luna  
que ampara  
vuelta sed  
hiende los pasos  
que al caer explotan mil cristales  
y todo es deseo

La noche es deseo  
el mar es deseo  
los libros son deseo  
la palabra es deseo

La frescura del verbo  
colma el amor  
que abre la vida



Los dones del invierno  
eco del descanso que baila desnudo  
se dejan oír errantes  
y todo sabe llegar a tiempo  
en el momento que se produce  
es la orilla, del mundo



Qué tipo de ciudad  
bajo la pericia siempre presente  
baña el éter imperceptible  
de la nada  
viene y va  
de la nada  
jadea y vuelve

Llega al caer la tarde  
viento nórdico  
camino hacia montañas azules  
los caballos descienden por el sendero  
en sus débiles penumbras  
reposa la pena del hambriento  
multiplica los panes  
vuelve vino el agua  
bebe de la copa que arde  
del alerce brotan jazmines, ebrios tropezando  
el ahorcado huye del patíbulo  
cava su propia fosa  
una mujer lo envuelve con sus brazos  
sufre sus miserias, se ahoga de dolor  
todo es irrisorio, ambiente de hospicio



Noche pena  
que ahogados acarician  
su cabellera  
frío crines  
el tiempo cae dulce  
gusanos un laúd  
que llora  
erosiona su vértebra  
dama cetrina  
canta  
por su país  
en que nacía  
ebrio  
el sol  
manos  
ojos  
flor  
y en sus labios  
sangra  
anudado  
todo ser  
clama  
por Dios



Se esfuma el acto  
vuelve polvo la palabra  
quien partió es un ave  
si es que ha marchado



Bajo el manto de la vendimia late el juego que no ha sido más que  
sombras, desilusiones y carne

Esperar en la plaza que alguien dé cuerda a la cajita musical, y se  
proyecte algo así como un suspiro, una muñeca que llora aunque sabe  
que no es real

¿Quién habrá hecho caer la guirnalda de rosas que se hamacaba  
solitaria sobre el columpio?

El rocío de otoño cae como miel y endulza el andar de los hombres.  
Una gema circular que gira y se contrae, se desliza y sigue girando.  
Bella danza de las plazas

Desde lo alto los impulsos se disimulan, se confunden. Pensar que  
alguna vez hubo una dama envuelta en fuego que corrió por ver sus  
cabellos como serpientes, anudados  
témpanos de sal caían  
uno tras otro



La chelista a las puertas del alba  
Scheherezade  
el camino se hace polvo  
ida o vuelta  
sin dirección no hay encuentro  
o todo es dicha  
hasta abrir la gota de agua  
que entibia el firmamento  
ida o ida



De mañana  
las veredas húmedas  
ya son del día  
las soledades que son del alba, dispersas



Si pudiera la ausente  
levantar sobre su castillo  
el centro de papel  
que late  
si supiera

Si pudiera saber  
que hay una puerta  
una espera  
algo que desfallece  
al saberse joven



El horizonte  
cúmulo de sombras  
o donde todo reposa

Algo muere y algo nace a cada instante, algo se pierde para siempre



En los albores de las ciudades  
el ensoñado reía  
y al reír mordía su labio  
era en la mañana un distante gesto  
como nacían de sus ojos  
y todo calmaba  
incluso evaporarse el agua de las veredas  
pues quiso encontrar una imagen



Cuando camino por mañanas  
se vuelven presente  
ya el tiempo ha quedado atrás



Lento crepitar  
vieja herradura atada al columpio  
aun en la arena donde baña  
el joven besa su copa  
sed de inocencia  
caricias nocturnas



Si alguna vez el frío vendaval de las costas  
que anuda espejos de bruma  
fuera por la cuerda  
como un lento devenir

Aterido en el muelle  
anémico en las playas  
olvidado, reconfortado  
feliz



El niño tiró del cordón dorado y cayó un racimo de rosas. Junto al gorrión de papel que acababa de emprender vuelo se abrió el telón y dejó ver sus miserias siempre presentes bajo el cristal de seda

—¡No me conoces!— exclamó el gorrión dejando caer la rama de olivo, elevando su pico al cielo con la mirada perdida

La rama caía y el gorrión se alejaba, el niño tropezó con cierta raíz de árbol

Las rosas marchitas sobre la alfombra le hicieron compañía



Como una idea que llega en oleadas  
tiempo y noche se hacen uno  
un instante  
el momento del silencio



*La boca del tiempo*



El arte como concepto, como encarnación de lo etéreo, lo sublime. Formas abstractas que pulsán por detrás del firmamento. Se gestan en silencio, donde todo arde, donde hace con la noche su arcada luminosa. Nacer es como reflejar una sombra, o un poema, cuando se aborda con lucidez de sol. Su tiempo, su mar, todo reposando. Finalmente en la soledad de las costas es donde un niño cansino, puro, se redobla de dolor, se inventa. Es su propio cuerpo, y de nadie más. No entiende que pertenece a algo mayor que él. Pensar que quizás vea su destino inmerso en las alas de un gorrión, o saber que llora sobre el mar, y su llanto es insignificante. Se pierde, ya no ve más allá del oleaje, ahí es donde perece. Sus brazos carecen de extensión, todo es infinito para quien no alcanza con sus brazos. Saberse diminuto es la consigna que pulsán las cosas, en nuestra propia cara, donde se ha levantado por siglos la hambruna que devora hasta el hueso. Su cuerpo se reconoce, ya no es un ángel. En la noche todo muta, pero pocas veces vuelve con el alba. Al fin las almas reposan nuevamente, pues se ha convertido en un perverso pie, en las costas, donde un niño jugaba a sentir dolor.



La mujer que ama en silencio  
sabe esperar  
pues es ella su propia gloria



He visto en sus ojos  
el amor

Como suspiros de dos almas donde ha nacido un fruto, el fruto de  
Dios  
la idea y el espíritu  
carne que asemeja a un hijo vivo, el hijo de Dios  
y en él, la historia, la clave que domina al hombre, el mismísimo  
cuerpo que naufragó perdido durante siglos, hoy aquí entre dos seres  
idea divina de creación

Surgir de la nada a un todo  
tan elegantemente  
y dejar caer su fino manto  
tiempo y espacio  
sin sentido ya

La muerte



La mujer que espera la noche

porque en ella se sabe eterna  
porque todo lo que fue vive en la luna

La mujer que duerme en la arena  
ha sido ésa su virtud  
saber adorar al cuerpo

La mujer que llora en su lecho  
porque siente el latir del mundo

La mujer en silencio  
vasta como un rayo de sol

La dama que ha cavado en su vientre el peso del hombre  
para engendrarlo puro

La amante que dejó caer las copas

La niña que abraza las flores

La princesa en su espejo

Todo el campo que mueve la brisa, las agujas, las manos, la marea, la  
inmensidad, la eterna penumbra, las algas, hermosas algas, las esferas,  
las alas, las rosas, la última cavidad de la tierra, la mañana, las gaviotas,  
la sal, la sangre, la piel...

Enséñame un suspiro de tu alma  
y yo escribiré para ti



Sus ojos claros  
hacia el alba

Un gesto

Saberme eterno

cuando aunados nuestros cuerpos floten en la noche



El mar a lo lejos duerme los cuerpos que han caído en la negra noche. Acallados y sin aliento, penurias de otro tiempo laceran sus miembros. Se oye el silbido tenue de mil narices crepitar bajo el tejado azul. Sus ojos centellean y reflejan el latir de un candil proyectado entre ramos de rosas, sombras siempre presentes, augures noctámbulos que punzan como un raudal vendaval.

Vestigios de algo

cúmulo de historias

han de volver a blandir su estirpe siempre presente

si al fin las gaviotas pudieran posar sus finas garras sobre el pórtico,

dejar su fe al mundo y emprender nuevamente vuelo, entonces el

hombre podría elevar su vista al cielo y ver las vueltas de la historia,

o todo su devenir suspendido en el aire. Pero en un frío gesto su

suerte ha sido echada. Ya no más deseos. El poeta, farsante mayor,

será venerado. Todo será entregado a las flores como un presente

dignísimo, como un milagro, un gran vocerío, o una contorsión. ¿No

hay porqué mirar la corriente si no es acaso todo nuestro devenir?

Pero de la costa, envuelto en dorada arena vibran los cristales de la

mente humana. Ahí donde nacen los hombres puros —¿alguna vez

los hubo?— donde basta una mueca frágil para desgarrar los impulsos

sísmicos que agitan la tierra. Todo ser que busca ha de volver al

mar, pues es ése su origen. Y en los platinados peces clavar sus ojos.

Mecerse suavemente hasta caer de bruces en la boca aguada de su

inmenso amo. El mar que todo lo devora, donde al fin un cuerpo que

pierde su rostro se vuelve tan sólo un cuerpo. Flotando en las sales

de alguna playa, quizás varado en un arrecife, inerte en la arena o

enmohecido a la deriva.

No todo lo que nos bendijo un día nos libra de culpa. Sonrisa gélida,

como si fuera su irónica esencia la que hoy se presenta y cloquea fútilmente en la frente marcada a fuego que de sus cabellos desprende hacia el océano, una ráfaga, no más. Donde al fin un cuerpo que pierde su rostro se vuelve tan sólo un cuerpo.

En la inmensa planicie donde fluye algún río, quizás, y los colores reverberan en un constante latir como de acuarela. Allí donde el acero de los peces es aún más intenso, casi hasta reflejar el sol en sus escamas y tornarse así un raudo cuerpo luminoso sobre las mansas aguas; he de pensar que quizás la incertidumbre se ha vuelto cotidiana.

La relación tiempo-tedio que todo lo destruye. Y la lucha, eterna y vana, constante como una llovizna de verano.

La lluvia es la tarde, un gran llano. Donde una hoja atrapada en la brisa gira durante horas, es la tarde-noche, una fricción. De la tarde a la noche hay un solo paso, un lento devenir. El crepúsculo, esa pequeña muerte.

Moldear tal vez un árbol, o una flor o quizás algo no tan etéreo, algo real, una lágrima o un gesto; es de donde todo fluye, ya que no hay tardes en invierno, sólo mañanas y noches. Algo puro no es tarde, no puede serlo.

La tarde es verano.

El invierno en cambio es un cúmulo de tempestades. Una suave cuna para quien recorre solitario las anchas avenidas y de ellas desprende su obra o un simple gemido. Es entonces que vibra, se contorsiona y nace, una vez más, para volver al pueblo en que nació donde fue niño sin siquiera merecerlo. Pero esto se vuelve imposible, ha crecido. Y quien crece se vuelve hombre, añorando quizás un surgir como de gusano a mariposa, o tal vez encontrar el amor.

Lo cierto es el invierno

Y en invierno nacen niños, se deleitan y mueren

O crecen y pierden la fe.

Esta es una versión electrónica del libro  
*Soledades* de *Agustin Bustos*,  
realizada especialmente para su difusión.

Panacea Ediciones autoriza y alienta  
la libre distribución y reproducción de esta obra  
siempre que se cite al autor y no sea utilizada  
para fines comerciales.

*por una cultura sin cadenas*